ISABEL DE VALOIS, EMBAJADORA DE ESPAÑA:

ALGUNOS ASPECTOS DE LA ENTREVISTA DE BAYONA

CONFERENCIA PRONUNCIADA

POR EL

EXCMO. SEÑOR DON AGUSTÍN GONZÁLEZ DE AMEZÚA

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

Isabel de Valois, Embajadora de España: Algunos aspectos de la entrevista de Bayona.

Señor Director de la Escuela Diplomática:
Señores Profesores:
Señoras y señores:

El digno y celoso Director de la Escuela Diplomática, mi buen amigo D. José María Doussinague, ha tenido la fineza de invitarme a dar una conferencia en esta cátedra, donde tantas y tan excelentes habéis escuchado sobre materias de vuestro instituto.

Falto yo del tiempo necesario, no me ha sido posible preparar una especial y digna de vosotros; mas en mi deseo de corresponder a su propuesta, tan honrosa para mí, he creído poder salir de este trance leyéndoos parte del capítulo de una obra muy extensa y ya casi terminada y que hace varios años vengo preparando sobre Isabel de Valois, tercera mujer de Felipe II, y que en breve saldrá a luz bajo los auspicios de la Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores, y en la que se hace historia muy documentada de la famosa entrevista de Bayona. Pero como dicho capítulo es muy largo, y su lectura sobrepasaría los límites de vuestra paciencia, tendré que reducir mi lectura a unos cuantos trozos tan solo, poniendo de resalto algunos aspectos de la misma y, en especial, la participación noble y valiosa que la simpática Reina tuvo en

sus trabajos. Y para que, no obstante esta limitación de tiempo y de materia, podáis situaros rápidamente dentro del asunto, habréis de permitirme, como si se tratase de la lectura de una obra dramática antes de su representación, que acote el tiempo, la escena y los principales personajes que jugaron su principal papel histórico en estas famosas vistas.

Lugar y época. Estamos en Bayona a mediados del siglo XVI y año de 1565.

Personajes. Por parte de España, Felipe II con sus treinta y dos años de edad y en la cumbre de su poderío, después de la paz de Cateau-Cambresis. Junto a D. Felipe, su esposa Isabel de Valois, de diecinueve, casada con él seis años antes. Del lado de Francia, su madre Catalina de Médicis y Carlos IX, hermano de D.ª Isabel, Rey éste ya de aquella nación, pero manejado a sus anchas por su ambiciosa madre. Como negociadores y acompañantes en la Conferencia, el Gran Duque de Alba y D. Juan Manrique, Mayordomo mayor de la Reina, asistidos por D. Francés de Alava, nuestro Embajador en París, ya conocido de vosotros, y del lado francés, los príncipes y caballeros que veréis salir más adelante en las escenas sucesivas.

Las causas de la Conferencia son de dos órdenes: familiares y políticas, pues en ella juegan tanto el deseo vivísimo de entrevistarse madre e hija al cabo de seis años de separación como razones hondas y transcendentales de política internacional.

El protestantismo ha hecho progresos extraordinarios en Francia, singularmente después de la muerte trágica de Enrique II, esposo de Catalina de Médicis, en la justa de Tournelles. Felipe II y la Corte española sienten una vivísima alarma y honda preocupación por este crecimiento del calvinismo, que ha provocado ya en Francia dos sangrientas guerras civiles, y temen fundadamente que el contagio pueda correrse tanto a Flandes como a España, con los peligros y consecuencias gravísimas en

todos sus Estados. Hay que atajar, pues, su triunfo en Francia, y para ello, convencer a Catalina de que todas sus contemporizaciones con la herejía y sus tolerancias con el bando protestante, base y artes de su política interior, no han servido hasta entonces sino para envalentonar más aún a los hugonotes y avivar el fuego de la discordia allí. Como veréis la historia se repite...

Durante más de tres años la Reina francesa forcejea con el Rey Prudente para que éste acceda a la celebración de las vistas. Él, cauto y sagaz como siempre, da largas y más largas, porque no tiene confianza alguna en la eficacia política de esta reunión. Mas, al fin, para que madre e hija puedan verse de nuevo y con la remota esperanza de que Catalina se preste a seguir la política española en relación con los problemas religiosos, accede a ello a fines de 1564. Él, sin embargo, no asistirá en persona a la Conferencia; su carácter retraído, tímido, refractario a solemnidades, fiestas y bullicios, le sujeta en Madrid. En lugar suyo irán su hija D.ª Isabel y el Duque de Alba; así lo aprueba el Consejo de Estado en histórica reunión.

Acordada la Conferencia, y después de muchos y laboriosos preparativos, D.ª Isabel sale de Madrid montada en su hacanea el 9 de abril de 1565, seguida de lucidísima comitiva de damas francesas y caballeros y con imponente recámara de acémilas y carros. Aclamada a su paso por las poblaciones españolas, llega a la frontera francesa el 14 de junio; allí la espera su madre Catalina, su hermana, la pequeña y famosa Margot, y sus hermanos Carlos IX y el Duque de Orleáns. El encuentro es tiernísimo; lágrimas, abrazos y efusiones familiares juegan su necesario papel. Después de pasar la noche en San Juan de Luz, el 15 de junio, hace la Reina Católica su entrada solemnísima y fastuosa en la ciudad de Bayona entre vítores, músicas, salvas, clamor de las campanas e infinitas antorchas. Alójanse ella y los diplomáticos

españoles en las casas y palacios que Catalina tiene esplendidamente aparejados para ella... Se alza el telón del teatro internacional... y comienza la Conferencia.

Cumplidas todas estas ceremonias anejas a la solemne entrada de D.ª Isabel en la ciudad de Bayona y mientras ella al siguiente día se entregaba a las naturales efusiones y contento de hallarse de nuevo con su madre y hermanos, el Duque de Alba y D. Juan Manrique apercibíanse, por su parte, para sus entrevistas políticas con Catalina, finalidad principal del viaje, tanteando prudentemente el terreno que habían de pisar. La edad más que madura ya del Duque de Alba y su larga experiencia de los asuntos de Estado, hacíanle negociador único para este arduo caso, e intérprete fidelísimo del pensamiento e intenciones de su Rey y señor D. Felipe. La porfiada calumnia de varios siglos ha venido deformando para con la posteridad el carácter de aquella nobilísima figura, pues a juicio de muchos parciales historiadores, juicio que trascendió luego al común sentir de las gentes ignaras, el III Duque de Alba no fué sino un hombre de guerra, apasionado, fanático e impulsivo, para quien todas las dificultades de gobierno tenían que zanjarse al filo de la espada, con mano cruel, dura e implacable, olvidando las grandes dotes de diplomático y político que le asistían, de las cuales tantas muestras había dado por estos años de su privanza con D. Felipe, y que de modo singular puso patentes de nuevo en esta misma Conferencia de Bayona. Ya desde Madrid, previsor y prudente, traía estudiada a fondo la compleja cuestión. Los despachos en que D. Francés de Alava relataba minuciosamente a la Corte española la situación interna de Francia, el crecimiento de la Reforma, los caracteres y pasiones de los principales protagonistas de aquel período histórico, verdaderas aguas fuertes por su precisión y resalte, le habían sido naturalmente comunicados. Al llegar a Bayona, el mismo D. Francés hubo de mantener con los dos ministros espa-

ñoles, Alba y Manrique, largas y reposadas pláticas en que aquél ampliaría sus informes escritos, con su hondo conocimiento de los hombres y cosas de Francia; y por mediación suya también, pudo Alba ponerse en contacto directo con los grandes señores católicos venidos con Catalina, tomándoles el pulso, para conocer así su estado de ánimo y hacer cuenta y reseña de sus posibles colaboradores en la Conferencia. Son, naturalmente, los más importantes e influyentes en la marcha política de Francia, aquellos cuyo apoyo necesita Catalina, quienes, por tanto, pueden ejercer más influencia sobre ella: el Condestable de Montmorency, los Cardenales de Borbón y de Guisa, Monluc y el Príncipe de la Roche-sur-Yon. Y así lo hace el Gran Duque con resultados por extremo felices: todos ellos no pueden estar más francos y explícitos en las entrevistas que celebra: todos ellos sin rubor, *calientes y determinados*, como dice el Duque, solicitan el apoyo del Rey Católico para defender la causa católica en su patria. El Cardenal de Guisa encarga a Alba que diga a D. Felipe «que por amor de Dios mirase por este pobre reyno, que se perdía la christiandad en él, y que eran tres o cuatro malaventurados los que sostenían esto». El Duque de Montpensier «abrióseme y echóseme en los brazos muy regaladamente —cuenta el Duque de Alba a D. Felipe— diziendo que él y todos los buenos deste reyno en V. M. solo tenían toda su esperança, y que por V. M. se dexarían hazer pedazos, y que si les abriesen el corazón le hallarían escripto el nombre de V. M.»

A Blas de Monluc, el famoso Mariscal, Alba le conoce de antiguo y a fondo; tipo del gascón insolente y ligerísimo, expedito de mano y de lengua, en quien conviven naturalmente el realismo y la fantasía, la bravura y la crueldad, temperamento irascible y exento de escrúpulos llegado su caso, amigo de figurar y de entonarse en cuantas ocasiones se le presentan, dinámico y ambicioso; su lado flaco es la vanidad; y como el Duque lo sabe

muy bien, para halagársela, aludiendo a la famosa *Memoria* suya en que abogaba por las vistas, cuando Alba le abraza, «que le abrazé» —dice—, susurróle al oído: «todo este rumor que aquí veys y estas Princesas que están juntas con tan gran contentamiento vos lo aveys hecho». «Es hombre que habla bien claro —relata el gran Duque—; envanecióse terriblemente», y con su habitual rudeza militar muéstrase más franco y expresivo aún que los demás: graciosa y bárbaramente a la vez pinta el Embajador español lo que venía pasando en Francia, y el único y expedito remedio que tendrían aquellas cosas si todos hicieran lo que él en las pasadas guerras civiles: «con no perdonar vida a hombre —dícele a Alba— estuviera ya todo llano; pero cuando dos enemigos se topaban —añade con donaire—, todo paraba en que el uno se dezia *mon cousin* y el otro *mon frère*, con lo cual no había posibilidad de acabar nada». Con todo eso, la opinión de Monluc es manifiestamente optimista en la cuestión francesa, y así la sintetiza en aquella desgarrada frase suya «que no avia un almuerço en los vellacos si los buenos se quisiesen juntar», con que termina su larga plática con el gran Duque.

A todo esto Catalina de Médicis no daba cuenta de sí, ni manifestaba el menor deseo de ponerse al habla con los enviados españoles. Ya D. Francés, que la conocía muy bien, había sorprendido, apenas llegado a Bayona, el singular y contradictorio estado de su espíritu. «A esta Reina —escribía a D. Felipe con fecha 18 de junio— se la ve por una parte la alegría y gozo grande que tiene de ver a la Reyna nuestra señora; por otra, muestra uien estar en mucho embaraço, y así lo entiendo de alguna persona de quien ella confía mucho.» Ante actitud tan ambigua, Alba y Manrique adoptan una táctica parecida y prudente a la vez: esperar a que la Reina les llame para tratar de las cosas de Francia; pero cuando pasan las jornadas de su estancia en Bayona, alegres y frívolas, entre fiestas y regocijos, percatados

y convencidos que la astuta Reina les huye sin quererles hablar, y que se acerca el tiempo del regreso, haciendo estéril la Conferencia, deciden llevar adelante su premeditado plan, con el concurso de su soberana D.ª Isabel. Debidamente aleccionada ésta por Alba y su Mayordomo mayor, en el primer coloquio que ella tiene con su madre dícela, como cosa suya, que D. Felipe, al tiempo de partir, la había encargado que inquiriese de su madre y la preguntara cuáles eran todas aquellas graves cosas referentes a Francia de que ella, Catalina, quería informar con gran secreto al Rey Católico y que éste tanto deseaba saber. «Su Majestad —sigue relatando Alba en su carta a D. Felipe— hízolo muy bien», pues cuando al siguiente día 19, hallándose sola y en plática con su madre, vió que ésta se metía en negocios políticos, hábilmente dejóla hablar todo cuanto quiso y que descubriese su pensamiento, que no era otro sino su creencia de que D. Felipe continuaba sintiendo hacia ella y Carlos IX una gran desconfianza, la cual era seguro camino para que ambas naciones acabasen en guerra muy presto.

D.ª Isabel, al oír estas palabras, respondió a su madre astutamente que nunca había pasado por el pensamiento tal desconfianza a su marido D. Felipe, como tampoco a sus ministros; y que tales sospechas no podían nacer sino de parlerías de hombres de no buen celo e ignorantes de lo que decían. A lo cual, un tanto amoscada Catalina, replicó a su hija: *Muy española venís. Sí lo estoy* —contestó D.ª Isabel—, *porque tengo la razón para ello; pero soy la misma hija vuestra que cuando me enviasteis a España.* «Desta manera —concluye Alba— pasaron algunas pláticas, habiéndose Su Majestad en todas ellas con gran prudençia y guardando el respecto que debía a su madre»; pero como el Duque y D. Juan Manrique no le habían encargado que entrase a fondo en la materia, ella, con no menos tacto y discreción, cesó por entonces la plática, hasta hablar otra vez con ellos.

Hízolo, en efecto, seguidamente, y Alba la instruyó de nuevo sobre el papel que debería desempeñar, cual era avistarse al siguiente día con Catalina y decirla que como ella, D.ª Isabel, no estaba acostumbrada a ocuparse de negocios tan graves, y toda vez que había traído consigo a los dos ministros de D. Felipe con quien éste solía tratarlos, parecía lo mejor que fuesen éstos, bien juntos, bien uno a uno, quienes hablasen con Catalina, a fin de que todo se resolviese a mutua satisfacción. D.ª Isabel, *muy española* en verdad, cumplió su cometido con su discreción habitual, y en la primera charla que mantuvo con su madre quedó acordada la entrevista que el Duque de Alba, en presencia de D.ª Isabel, celebraría seguidamente con la Reina francesa.

Tuvo ésta lugar, en efecto, el día 20, según menudamente refiere Alba a D. Felipe en el tercero de sus despachos. Hallábase Catalina con D.ª Isabel en su cámara, cuando envió a llamar al Duque, y dando orden de que saliesen todos los cortesanos franceses, quedáronse solos D.ª Isabel, su madre y el gran Duque.

Catalina, que debía venir muy preparada para aquel duelo diplomático, mostró en esta ocasión de nuevo su gran talento, su habilidad y astucia, en tal grado, que el gran Duque, tan experto y ducho en las más arduas negociaciones políticas, no calla su asombro cuando refiere a D. Felipe esta entrevista. Mas sin dejarse engañar por la taimada florentina, fué llevando el Duque la cuestión a su realidad verdadera: habían, sí, mejorado las cosas a la terminación de la guerra civil —dijo—; pero, sentada esta afirmación, declaró con la mayor firmeza que para su soberano D. Felipe el remedio de las cosas de la Religión en Francia era asunto común a ambas coronas y capital para las dos partes, porque de la perdición de Francia vendría la de España, y que él tenía por cierto que D. Felipe «antes auia de querer perder el Reyno y la vida que ser Rey de los herejes».

Tan enérgica fué la acometida del gran Duque e irrebatibles sus argumentos, que, extremecida la Reina francesa, no le quedó otro partido que pedir al Duque le indicase el remedio que podían tener estas cosas, solicitando su consejo «como si su Rey D. Felipe —dijo— estuviera allí presente y se lo mandase». Doña Isabel intervino también a esta sazón, ordenando asimismo al Duque que lo hiciera. Alba, con su sagaz y profundo talento político, había leído ya el pensamiento íntimo de Catalina, quien, según refiere aquél en su despacho a D. Felipe, estaba persuadida que el Duque no le propondría otro remedio para allanar los males de la religión en Francia que el violento y de la fuerza. Pero, con gran sorpresa de la astuta italiana, Alba no tomó el camino que ella sospechaba; sino que, prudente y hábil, díjola en sustancia que nadie mejor que ella conocía el estado en que al presente se hallaban los negocios religiosos en su propio reino, y que nadie, por tanto, podía haber más apto que ella misma para escoger los remedios pertinentes; pero que para poder dar cuenta a D. Felipe, él la suplicaba que le manifestase cuáles eran éstos. Eludió la Reina como pudo la categórica respuesta, insistiendo en que el Duque le declarase su propio parecer. Alba, sin descubrir por eso su juego, que era llevar a la Reina a un terreno donde a ella no le quedara otra salida que entregarse y confesar la verdad, con gran sagacidad la planteó la cuestión en términos en que la solución no podía ser dudosa; «aclaremos primero —dijo— qué frutos y resultados había dado hasta entonces la política de disimulación y blandura con los herejes que venía practicándose desde 1560; que una vez esto visto y conocido, ello mismo dictaría la resolución más acertada que hubiera de tomarse». En puridad, esta habilísima propuesta del diplomático español no era sino poner de manifiesto aquella profunda regla de crítica del Evangelio, segura y decisiva para hallar la verdad al través de las tinieblas, de la vida y del tiempo: *a fructibus eorum*

cognoscetis eos: «por sus frutos los conoceréis». Frutos malditos de muerte y de disolución para un poderoso reino, antes fuerte y unido, y a la sazón presa de mil divisiones intestinas que lo desgarraban, males y desastres sin cuento que hacían prorrumpir a un Embajador italiano, espectador de ellos, en aquella lastimera exclamación: *¡oh, mísera provincia e infelice imperio!* Efectos y resultados deplorables de su errada política, que el Duque pondrá patentes ante los ojos de la taimada Reina, al refutar las especiosas razones con que ésta intenta demostrarle que la causa de la religión católica ha ganado mucho terreno con su táctica conciliadora y tolerante: «Yo la mostré claramente —relata el Duque en su largo despacho— cómo me engañaba a mí o se engañaba ella», pues harto claro estaba que con la política de contemporización con los herejes las cosas se empeoraban cada día más. «Esto quiere decir —repuso Catalina, gozosa de ver comprobada su maliciosa sospecha— que hay que tomar el partido de las armas.»

Pero Alba no se deja coger en el lazo que nuevamente le tiende la astuta Reina para que España aparezca como propulsora de la política de fuego y sangre en Francia; y así, con sobrias palabras, desengaña a la sutil florentina de esta maliciosa opinión, y resueltamente la replica que, contra lo que muchos le atribuyen, él no es partidario del empleo de la fuerza para la extinción de la herejía en Francia, lo que no quitaba —añade— el que repugnase y condenara expresamente también la política de disimulo y contemporización que la Reina madre venía siguiendo con los herejes de su reino. Y como, a la cuenta, Catalina protestase, asegurando que tales sospechas de relajamiento de su poder y complacencia con éstos no eran ciertas, refiere Alba que D.ª Isabel, atenta a todo, «saltó con ella muy gallardamente», objetándola con una irresistible lógica que, si tan obedecida era de sus vasallos como ella aducía, ¿por qué, entonces, no

castigaba a los que eran rebeldes a Dios y al Rey su hijo?, «y apretóla muy bien apretada», como dice el gran Duque en su conciso estilo. No fué ésta la única participación de D.ª Isabel en esta histórica escena. El mismo Alba refiere que en otros momentos de ella intervino con igual firmeza, compenetrada en un todo con la política española, tanto «que prometo a V. M. —dice el Rey Católico— que V. M. no tiene ministro que con tan buenas y apretadas razones lo hiciera (como ella), siempre guardando el respeto que le deuia a su madre».

Es de colegir el contento y orgullo con que el enamorado don Felipe leería estas noticias, probatorias del talento de su esposa y del entusiasmo y celo con que defendía la causa de la religión, tan cara para él. Pero, a la vez, no debió de ser menor el asombro de Catalina, quien, a buen seguro, nunca pudo imaginarse tales arrestos y valor en su hija, y menos aún en su presencia, temida y respetada siempre.

Así terminó esta histórica entrevista, duelo diplomático interesantísimo entre dos formidables campeones en que resplandece la profunda prudencia y hábil sagacidad del ministro español.

En esta escena brilla también la simpática y dulce figura de nuestra Reina, a la que unos pocos años de convivencia española han bastado para que en ella se haga carne y sangre nuestra política religiosa, que con tanto denuedo defenderá frente a su madre; actitud valiente, heroica casi, en quien solía temblar al anuncio de una sola carta suya. Tampoco Catalina desmerece en este torneo diplomático del concepto tradicional que de ella se tiene: hábil, astuta, confiada una vez más en su nativa elocuencia, en el don de su palabra insinuadora y engañosa, con que tantas veces había dominado a sus enemigos; el propio Duque de Alba declarará a Saint-Sulpice que en toda la Conferencia había demostrado Catalina un conocimiento tan vasto e inteligente, tanto

de los asuntos generales de la Cristiandad como de los propios de su reino, que la juzgaba más digna de ejercer el mando en él que ninguna otra persona.

Había preparado Catalina de Médicis varias y muy ingeniosas fiestas para agasajar a su hija, y como estos festejos jugaron un papel muy importante en la Conferencia, para recreo vuestro también, os relataré uno de ellos, muy típico y alegórico al propósito de aquélla.

El torneo que se celebró a la noche del dicho día 21 de junio en la sala grande de Palacio fué remedo y representación de la más espantable aventura que pudo suceder a caballero andante alguno de los libros caballerescos; y, a la verdad, mejor que las torpes plumas de los memoriógrafos legos y cronistas prosaicos que lo relatan, hubiera pedido la fidelísima de Miguel de Cervantes por mano de su amigo el Canónigo toledano, en aquel ensayo o esbozo que de ellos hizo, guardando en él, como dice, todos los puntos necesarios para hallar la perfección en el tal género.

Todo, todo, en efecto, parecía imaginado por la loca fantasía del sublime Hidalgo: el estrado, alto de ocho gradas, en que doña Isabel con su madre y hermana se sientan para presenciar la aventura; el castillo, frontero a aquél, que encerraba las cuitas y lamentos de una dama encantada por las artes del sabio Merlín; aquellos seis caballeros transformados en rocas que adornan el campo, como símbolo de su firmeza y constancia en el amor hacia otras tantas damas, que los encantadores habían convertido a su vez, en floridos naranjos, en castigo de su crueldad e ingratitud con ellos. Pero la hada Morgana, con tres toques que da sobre las rocas, vuelve a su ser a los caballeros encantados, de cuyas cabezas sale una llamarada de fuego; y armados ya de picas, que les trae Cupido, el dios del Amor en un carro triunfante, adornado de trofeos victoriosos, juntos todos, subirán a combatir al fingido castillo que defiende un espantable gigante y seis

caballeros con el Duque de Nemours, poderosamente armados; y cuando el Rey de Francia con sus hermanos y los Príncipes de sangre suben con denuedo al castillo para rendirlo, óyese un cuerno y sale un enano, quien les pregunta lo que desean, a lo cual contestan ellos que *batalla*. Entáblase, pues, entre asaltantes y castellanos una fiera y descomunal pelea, con espadas y picas, propósito verdadero del torneo y de la fiesta. Nuevos incidentes y episodios evocan otra vez las historias caballerescas, con lances inesperados en que se estrella el valor de los caballeros asaltantes, porque la Fortuna no tenía guardada para ellos esta aventura; así, la entrada del castillo defiéndenla infinitos diablos con hachas encendidas y fuegos de pólvora; la torre en que combaten pónese de improviso a dar vueltas, deslumbrando a los caballeros; a su paso, los puentes levadizos se hunden, cayendo ellos prisioneros en las mazmorras del castillo, sin que ninguno se libre ni tenga poder para acabar esta empresa, ni el mismo Duque de Orleáns, a quien arrebata una nube en medio del combate para que no aparezca vencido; hasta que el propio Rey, para quien estaba guardada, lucha mano a mano con el gigante, a quien vence, al fin, con tres golpes de espada; y al caer muerto el titán, el mismo Rey dará unas cuchilladas sobre un túmulo en que descollaba una figura de bulto, clave del encanto, el cual al punto se deshizo, pues saliendo de ella muchas llamas de fuego de brillantes colores, entre vivos relámpagos y tonantes truenos por todo el cielo de la sala, con gran espanto de todos los presentes, aparecerá la doncella que estaba encantada, que era una dama muy hermosa de la Reina madre, riquísimamente vestida, la cual, tomando al Rey de la mano, le llevará a una mazmorra del castillo, donde penaban los caballeros presos con sus damas, a quienes asimismo desencanta. Juntos todos, con músicas de trompetas y atabales, se encaminan triunfantes hasta otra sala, en que hallarán, por último, el nudo y significación de la famosa

fiesta: Belona, diosa de la Guerra, vencida por la Paz, la cual, merced a la alianza de ambas naciones, Francia y España, habrá ya de imperar gloriosamente desde entonces sobre toda la Cristiandad.

Ocupado y absorbido el tiempo en todos estos extraordinarios regocijos, parecía que no quedaba ya lugar para volver sobre las negociaciones y tratos de los pasados días, y que conforme a los secretos designios de la astuta Reina francesa, las vistas acabarían sin entrar de nuevo a fondo en los arduos temas y graves cuestiones planteadas, con gran deseo y ansia, por cierto, de ella.

Pero al gran Duque no se le olvidaba la misión que había traído a Bayona, y resuelto a cumplirla y reanudar los tratos, sirvióse nuevamente de D.ª Isabel para que obtuviese de su madre una nueva entrevista, como en efecto, y gracias a la habilidad de nuestra Reina, la logró. Así, la que por acuerdo de ambos tuvo lugar en efecto el martes 26, fué sin duda una de las más importantes de esta histórica Conferencia. En un largo despacho a D. Felipe, fechado a 29 de junio, que firman D. Juan Manrique de Lara y el gran Duque, éste, con su estilo apretado, lacónico, en que no huelga una sola palabra y cada una tiene su valor, preñado de substancia e interés, relatará a su soberano toda la larga controversia, aquel nuevo duelo diplomático, digno ciertamente de pasar a una antología de su linaje. Figúrome yo al gran Duque tal como lo había retratado Ticiano pocos años antes, de severo continente, la frente ancha y despejada, recio y oscuro todavía el cabello, el rostro alargado, en el que apuntan ya las arrugas de la vejez, los ojos grandes y negros, la mirada profunda, pero triste y casi melancólica, mientras que la luenga y afilada barba blanquea ya con hilos de plata, y los caídos bigotes no dejan ver en la comisura de los labios la línea reveladora de la energía del carácter, vestido ricamente, pero con la

castellana sobriedad que usó siempre. Frente a él está Catalina, de aspecto majestuoso, alta de estatura, robusta de cuerpo, frente ancha, que hacen mayor las dos crenchas de su peinado sencillo, ojos grises que tiran a claros, pero de mirada un tanto indecisa, gruesa nariz, labios sensuales y mentón breve, hombros sólidos y pecho levantado, con rico atuendo y tocas de viuda que la recuerdan el heredado poder. A su lado siéntase D.ª Isabel, juvenil, graciosa, alerta, llena de vida, y, aunque con el respeto y temor que siempre la infundió su madre, «muy española» de bríos, porque su espíritu animoso está del todo conquistado para la causa católica, que representa y defiende su marido ante el mundo. Curiosa transformación en verdad de su carácter, de sus ideales, olvidada ya de aquella atmósfera de tolerancia que ha respirado en sus años de niña junto a su madre en las estancias de Fontainebleau, maravillosa muestra del poder de captación absorbente que tiene la Corte española, y sobre todo de la convivencia diaria con su marido. Así, cuando ella viene a Bayona, esta transformación de sus ideas, esta plena conversión a la política inflexible del Rey Católico se ha producido ya; sus cartas de estos años hablarán por ella elocuentemente en términos que no dejan lugar a dudas; todo cuanto va a decir ahora el Duque de Alba lo ha escrito ya ella a su madre cuando todavía era posible la curación de los males de Francia.

Solos, pues, los tres en una galería del Palacio, al iniciar Catalina su conversación con el Duque; volverá sobre sus planes casamenteros.

Pero el ministro español, dejando de lado esta diversión o estratagema de su ladina interlocutora, vuelve resuelto y firme al verdadero objetivo de la Conferencia: la cuestión religiosa. Mas, con gran sorpresa suya, halla a Catalina «tan fría como si nunca hubiera hablado en ella»; y cuando el Duque resueltamente se lo dice, reprochándoselo, altérase toda y revuélvese

contra él, como si faltase al respeto de su regia dignidad. Sin inmutarse Alba, prosigue su requisitoria; esta vez es el Canciller de l'Hopital el blanco de sus tiros: ¿cómo va la Reina a intentar remedio alguno —la arguye— cuando su brazo derecho, el Canciller, era hugonote y por tal le tenían en todo el reino de Francia? Y como Catalina, más descompuesta aún, lo negase, doña Isabel saltó entonces valientemente, diciendo a su madre que antes que ella misma viniese a España, y ya en vida de su padre, Enrique II, era opinión común la condición herética del Canciller; y que mientras Catalina le mantuviera a su lado «los buenos estarían temerosos y desfauorecidos, y los malos con amparo y deffensa de todos sus males, y que le embiasse [despidiese] por algunos días a su cassa y vería cuánta verdad le decían en esto ella y el Duque de Alba, y quánto mexor irían entonces las cosas de la Religión». Defendióse Catalina como pudo de estas valientes acometidas de su hija, y entonces el Duque explicóle la lógica actitud de D.ª Isabel: el Rey Católico quería desengañarse de una vez, aclarar las cosas, saber en definitiva si ella y Carlos IX, su hijo, estaban determinados o no a defender la causa católica en Francia, y si él —D. Felipe— se hallaba solo en esta empresa, para prevenirse y obrar en consecuencia; y que ésta y no otra había sido la razón principal de la venida a Bayona de doña Isabel. La cual, más resuelta y animosa aún, con caluroso ímpetu, preguntó a su madre que por qué no mandaba que se admitiesen y ejecutasen en Francia los Decretos del Concilio de Trento, como ya otras veces se lo había propuesto delante del mismo Duque de Alba. Y como Catalina intentase eludir la respuesta, diciendo que en España tampoco se había hecho, D.ª Isabel, valientemente, la replicó que no era cierto, que en España estaba ya promulgado el Concilio, llanamente y sin ninguna excepción.

Al llegar a este punto de su relato al Rey, interrúmpelo Alba para comentar por su parte estas enérgicas y felices intervencio-

nes de la Reina Católica: nadie que conozca el carácter recto y severo del gran castellano podrá sospechar en él el más mínimo propósito de adulación cortesana, y por ello tienen mayor valor aún sus palabras, ponderativas del talento y energía desplegadas por D.ª Isabel en esta entrevista, que tanta luz arrojan en el estudio de su carácter moral, que ya anteriormente hice: «prometo a V. M. —decíale literalmente a D. Felipe— que ha tratado los negozios con una prudenzia y un valor tan grandes, que, avnque teniamos grande opinión de Su Majestad, nos a espantado», elogios que, en labios del gran Duque, constituyen una preciosa ejecutoria de los méritos políticos y arraigada fe de su joven soberana.

Pero Catalina no se deja convencer; por ella no pasan los años, y aférrase con cierta obstinación a sus viejas ideas: como en 1560 y 1561, su *Deus ex machina* es la convocatoria de un Concilio nacional francés, al que asistan católicos y protestantes, aspirando a dos fines concretos: primero, ganar a los herejes para la religión ortodoxa en una pública y teológica controversia; y en segundo lugar, conforme a la tradición de la Iglesia galicana, determinar los Decretos del Concilio de Trento que podrían aceptarse en Francia, completándolos con otros de su iniciativa. Es, en suma, la repetición contumaz y torpe del desdichado Coloquio de Poyssy; y aunque Alba, al oír esta propuesta, no puede reprimir su indignación («yo me alteré terriblemente de oyrselo», escribe a D. Felipe), y con gran acierto la recuerda que precisamente en aquella malhadada Junta fué «adonde començaron todas las desvergüenças que al presente ay en este reino», sus razones no hacen mella en la soberana gala: empecinada con su idea, confiesa, sí, que el Coloquio de Poissy fué un desacierto, imputable en un todo al Cardenal de Lorena —dice ella—, autor de todo el daño, confiado ilusamente en reducir él solo a los ministros calvinistas; pero que en la

nueva Junta ella tendría la mano para que no pudiese suceder mal ninguno. Terca e impasible, y «aunque la Reyna, nuestra señora —relata el gran Duque a D. Felipe—, apretó sobre ello muy bien apretado, nunca pudimos desquiciarla de este propósitò». «Paréçenos —añadía Alba como resumen de esta plática con Catalina— que quiere con esta *samblea*, que ellos llaman, remediar lo que falta en el rigor necesario al remedio de sus vasallos. ¡Plega a Dios —concluye proféticamente— no sea el remedio de tan diferente paño, que sea demasiada libertad en las conciencias, para mayor daño y males de este reyno...!» Visión certera del futuro, análisis crudo, pero acertadísimo, de la equivocada política de la Reina francesa, que, engendrando de nuevo una segunda guerra civil, desembocará de allí a pocos años en la tragedia espantosa y sangrienta de la noche de San Bartolomé.

Venciendo, empero, su desaliento, el Duque de Alba, asistido por D. Juan Manrique, proseguía calladamente su diplomática labor. La última entrevista mantenida con Catalina el martes 26 parecía no dar lugar a esperanza alguna: tan resuelta y firme en su actitud defensiva la habían visto aquéllos; tan vagas sus promesas, escurridiza y culebreante como nunca. Pero del último de sus despachos, fechado en San Sebastián a 5 de julio, ya emprendido el regreso, podemos colegir y recomponer lo ocurrido en estos días postreros de la famosa Conferencia. En ellos se produjo un cambio completo y radical en el pensamiento y voluntad de Catalina de Médicis; hasta entonces, como hemos visto, habíase aferrado tenazmente a su tradicional política conciliadora, tolerante y pasiva para con la herejía en Francia; los argumentos de Alba, apoyados con tan simpático calor y vehemencia por D.ª Isabel, no habían hecho mella alguna en su ánimo; mas, de improviso, sin justificación aparente, muda de parecer y acepta la tesis española. Que el cambio tan extraño se produjo lo declara Alba categóricamente a D. Felipe, cuando le dice que

si desde su último despacho del 29 de junio no habían vuelto a escribirle, era debido «a que hauiendo tan grande variedad en los negocios, no nos ha parezido hacerlo hasta embiar alguna firme resolución». Cotejando fechas y cartas, se advierte claramente que la mudanza en el ánimo de Catalina hubo de producirse por una acción muy intensa y enérgica que el gran Duque hubo de desarrollar sobre ella el viernes 29 de junio, ya que hasta ese día Catalina se había mantenido intransigente en su actitud, como lo da a entender la carta del gran Duque al Rey Católico de aquella misma fecha. Mas, ¿cómo y de qué recursos se valió aquél para conseguirlo? Explícito otras veces, ahora no nos lo revela; limítase a escribir a su soberano estas enigmáticas palabras: «no dezimos a V. M. *los medios* de que usamos para traerla a esta resolución por importar poco al negocio, y a V. M. le cansaría tan larga escriptura».

¿Celebró Alba para ello alguna nueva entrevista con Catalina? No lo parece, aunque sí creo que hubo de servirse de los buenos oficios que D.ª Isabel haría estos días con su madre, debidamente instruída a tal efecto por el plenipotenciario español. Lo cierto es que todos estos porfiados trabajos no fueron baldíos a la postre, y que, como fruto de ellos, el triunfo, aunque aparente, llegó por fin.

Faltaban, en efecto, tan sólo dos días para la marcha de la Reina Católica, marcha que Alba y Manrique tenían señalada para el 2 de julio, cuando el sábado 30 de junio en la tarde mandóles llamar D.ª Isabel, y tomándolos consigo, llevóles por una galería de Palacio, al cabo de la cual entraron los tres en una sala donde estaba Catalina de Médicis. Hasta entonces sus entrevistas con el gran Duque habían tenido lugar secretamente, sin otro testigo que la Reina Católica, actora también en ellas; pero esta vez la Reina madre no estaba sola: a su lado tenía al Rey Carlos IX y al Duque de Orleáns, y acompañábanla además

los más preeminentes Príncipes y señores franceses venidos con ella a la Conferencia; los Cardenales de Borbón y de Lorena, príncipe el primero de sangre aquél, ministro omnipotente éste durante el efímero reinado de Francisco II; el Duque de Montpensier, el Condestable Anne de Montmorency y el Mariscal de Bourdillon, en suma, los jefes y primates de la fracción católica francesa. Llegados los mininistros españoles, Catalina hízoles sentar, y tomando la palabra explicó a todos la causa de aquella solemne reunión. Según ella, teniendo conocida la poca satisfacción en que se hallaba el Duque por lo tratado hasta entonces, había querido llamarle para que delante del Rey y de aquellos señores de su Consejo se pusiese patente todo cuanto se había tratado hasta allí. Dicho esto, mandó al Condestable que hablara el primero, como lo hizo en un largo discurso, en el cual «tomando el agua de muy atrás» —como irónicamente refiere Alba—, defendió con gran ardor a Catalina de la acusación que algunos maldicientes habían propalado de que ella y sus hijos no eran católicos; que lejos de eso, su viaje a través de Francia no tenía otro intento que mostrar a todos sus vasallos la falsedad de aquella imputación; encareció asimismo los daños que traería consigo una guerra civil, pero sin alabar por eso la política de blandura y disimulación que se tenía con los herejes ni abogando resueltamante por su castigo.

No dice el Duque en su concisa carta a D. Felipe si en esta solemne reunión, la verdaderamente capital y decisiva de la Conferencia, se habló más por alguno de los asistentes a ella; pero, en cambio, da a entender de modo explícito y que no deja lugar a dudas, que en los dos puntos capitales de la negociación, a saber, la no celebración del Concilio nacional francés y el castigo de los herejes, hubo acuerdos expresos y categóricos, aun cuando no detalle sus particularidades y la forma con que habrían de ponerse en obra.

Mas en esta confesión de su arrepentimiento, al prometer la rectificación de todo lo pasado, ¿era sincera Catalina? ¿Obraba de buena fe? Muy difícil es contestar a esta pregunta. Si nos atuviéramos a sus actos posteriores, a aquella suprema piedra de toque de las acciones y promesas humanas que es el tiempo, tendríamos que confesar categóricamente que no, que en el fondo aquella reunión solemne del 30 de junio fué una comedia más, habilísima representada por la taimada florentina, con la cual logró engañar a un político tan sagaz y experto como el gran Duque de Alba. Desde luego éste, al relatar en su despacho a D. Felipe aquella reunión, no apunta asomo alguno de desconfianza, recelo o duda en la actitud de Catalina, como tantas veces acostumbraban a hacer en los suyos Chantonnay y D. Francés, que tan bien la conocían; muy al contrario, dice categóricamente que los dos puntos esenciales de la Conferencia —el Concilio nacional y el castigo de los herejes— habían quedado *bien assentados*, y sin que tampoco muestre inquietud alguna en la seguridad de su ejecución.

Adentrándonos nosotros una vez más en los senos del alma de aquella enigmática Reina francesa, cabe afirmar, no obstante, en coincidencia con el parecer de Alba a D. Felipe, que en aquellos graves é históricos momentos Catalina acaso obrase con entera sinceridad, entregándose de buena fe al partido católico, porque, después de pesar las ventajas e inconvenientes de la política española para la suya personal y el interés de Francia, abrigaba sin duda la creencia de que eran mayores las primeras que las segundas, no por convicción propia e íntima ni por razones dogmáticas doctrinales ningunas, sino por pura conveniencia, aplicando aquel torpe pragmatismo que durante su largo y agitado reinado fué siempre su norma directriz: un oportunismo político que no ve más allá de los hechos, del conflicto que cada día plantea, y que al combinarse además con su alma de mujer

hacía fáciles, facilísimos, todos los cambios y mudanzas, sin el menor escrúpulo, sin sombra alguna de contrición ni remordimiento. Ya lo dirá años después nuestro Lope de Vega, tan profundo conocedor del alma femenina.

Que quien dijo mujer, dijo mudanza.

Cumplida al parecer la misión diplomática que la Embajada Española había traído a Bayona, el domingo 1.º de julio salió D.ª Isabel de esta ciudad para regresar a España, con toda su comitiva. Al siguiente día lo hicieron también el Duque de Alba y D. Juan Manrique. La despedida de su madre y hermanos fué tiernísima; parecía que el corazón les presagiaba que ya no volverían a verse más en este mundo, como así ocurrió, falleciendo nuestra Reina prematuramente tres años después.

Pero mientras que ella y el Duque de Alba se encaminan a Valsaín, sitio real en que les espera D. Felipe, y donde ambos esposos pasarán una de las temporadas más felices y románticas de su vida, permitidme para rematar esta lectura unas breves consideraciones sobre el juicio que merece la Conferencia de Bayona, resultados que se alcanzaron de ella y sobre todo el fallo que ante la posteridad merecen España y D. Felipe por su actitud. Porque en el proceso de sus relaciones con Francia, en su política de cerca de cuarenta años, esta Conferencia de Bayona es como el punto de arranque de ella, el asiento doctrinal, la justificación de la conducta de Felipe II, tan noble, tan magnífica y generosa, que acaso sea una de las páginas más ejemplares de la Historia de España, más desconocida también, y digna por tanto como ninguna otra de sacarse públicamente a luz, para poner en su punto la verdad, tan calumniada y ofendida, en justa reivindicación del Rey Prudente, primero, y para orgullo de España, después.

Para enjuiciar serenamente la política de Felipe II en la Conferencia de Bayona, precisa recordar ante todo cuál fué la suya y la de su padre el Emperador en los primeros brotes que el luteranismo tuvo en España. Desde que cautelosamente asoma en los conventículos de Valladolid y Sevilla, hubieron de percatarse ambos monarcas de que las nuevas doctrinas religiosas, venidas de las brumosas tierras teutónicas, no eran simples controversias teológicas ni aspiraciones más o menos sinceras a una pura ordenación de la conciencia privada y reforma necesaria de las costumbres del clero, sino que, rebasando esta zona, invadían la de lo público y nacional, con un carácter eminentemente social y político. En aquellos remotos tiempos, nuestros gobernantes no ejercían la autoridad omnímodamente y a su personal arbitrio, sino que para los casos arduos y de importancia tenían junto a sí a los teólogos y juristas, quienes, consultados oportunamente en cada caso, declaraban la doctrina moral y justa, aquélla que debería aplicarse mirando al bien común, norte y guía de todo gobernante cristiano. Todavía el Estado estaba sometido al magisterio espiritual de la Iglesia, y no se había eximido de él, como lo haría dos siglos después. De este modo y con su juicio penetrante, cuando en 1558 aparecen los primeros focos de protestantismo en España, Carlos V, que no olvida este carácter político de la Reforma, en sus cartas escritas a la Princesa D.ª Juana, Gobernadora del Reino, ausente en Flandes D. Felipe, señalará una vez más el verdadero y público peligro de la herejía y de los herejes, contra quienes se debe proceder —dice el desterrado de Yuste— «como contra sediciosos, escandalosos, alborotadores e inquietadores de la república», pidiendo en todas sus cartas para ellos «*mucho rigor y recio castigo*», pues, como escribe Menéndez Pelayo, «a ello le movía además del fervor cristiano... el convencimiento, que como político escarmentado en los sucesos de Alemania tenía, de lo

necesario de la unidad religiosa, como único medio de evitar la disgregación política».

Este firme criterio de Carlos V sobre la Reforma, que además ratificó en sus instrucciones y consejos a su hijo, contaba en el orden doctrinal con una base inconmovible y ciertísima, la verdad de aquella sentencia del Evangelio, máxima profunda política, viva y aplicable a todos los tiempos y Estados como ninguna otra: *Omne regnum in seispsum divisum, desolabitur.* «Todo reino dividido entre sí será destruído.» Por eso ni Carlos V ni Felipe II vacilaron un instante en extirpar con mano implacable los primeros brotes de la herejía en España, y por eso también Felipe II hizo de su lucha contra la Reforma en Europa el eje maestro de su política internacional. Su previsión y energía lograron atajarla en Castilla antes que el incendio cobrase mayores fuerzas y fuera inextinguible, y este acierto llevóle a una lógica y paralela conclusión: lo que él, Rey de España, había obrado en sus Estados, lo podían y debían obrar asimismo los demás en los suyos, y entre ellos el primero y ante todo el francés. Tal fué la explicación de su conducta en el orden pragmático, que los sucesos posteriores justificarían cumplidamente durante los cuarenta años de su largo reinado.

Tan patente y persuasiva era esta verdad, que, a la postre, hubo de penetrar también en el ánimo de Enrique II de Valois; y aunque con mayores dificultades que en el monarca español, por la considerable propagación que la Reforma había adquirido en Francia durante el reinado de su padre Francisco I y en los mismos ya corridos del suyo, los modernos historiadores franceses están contestes en declarar que una de las causas que con más fuerza le movieron a convenir la Paz de Cateau-Cambresis fué su vivo deseo de verse libre de preocupaciones guerreras para dedicarse por entero a la represión de la herejía en sus reinos.

Si el torneo de Tournelles no hubiese cortado la vida y los propósitos tan generosos y decididos de Enrique II, cabe asegurar que la historia de Francia hubiera sido muy otra de lo que fué en los cuarenta años restantes de aquel siglo, porque unidos ambos Monarcas en un mismo pensamiento y política, y resueltos a dar la batalla al calvinismo en Francia, la autoridad del soberano francés, rey por su propio derecho y respetado de sus súbditos, juntamente con la ayuda y asistencia eficaces de Felipe II, hubieran vencido a la herejía, extirpándola del todo en la gloriosa y cristiana nación de San Luis. Un simple golpe de lanza cambió el rumbo de las cosas; a la voluntad resuelta de Enrique II, a su viril decisión, sucedió una mujer, tal como tantas veces la hemos evocado en estas páginas: blanda, tolerante, conciliadora, flaqueza de ánimo que procedía de un defecto esencial en ella: su falta de fe, no ciertamente de fe privada e íntima, sino de fe política, de confianza y seguridad en el imperio y fuerza que tiene o debe tener la verdad contra el error. Fuese por ignorancia, fuese por descuidada formación religiosa en su juventud, Catalina jamás sintió la verdad dogmática y moral del catolicismo; sin abandonar sus filas, nunca penetró en su cerebro la idea de que Roma representaba entonces la causa del orden en Europa; que la Reforma traía consigo la división espiritual y con ella infinitos trastornos a los pueblos; que la paz y la autoridad no podían vivir sino a su sombra, y que, por tanto, su deber como reina de Francia se cifraba ante todo en dar la batalla a la herejía, vencerla, aniquilarla sin piedad, fuese como fuese, para que en Francia volviera a imperar la unidad espiritual y política, aquella unidad que harto insinceramente defendería el Canciller l'Hospital en su arenga a los Estados de Orléans (diciembre 1560) cuando les recordaba la fórmula tradicional francesa forjada trabajosamente durante muchos siglos: *Une foy, une loy, un roy.*

Mas ¿acaso el Rey Prudente le exigía un imposible, una obra

superior a las fuerzas de cualquier gobernante? Justo es confesar que, por descuidos, debilidades y otras causas antes apuntadas, la situación de Francia en este aspecto de la Reforma era ya muy distinta y mucho más grave que la española. A la muerte de Enrique II, el protestantismo había hecho considerables progresos en sus Estados y corrídose la infección por muchos de ellos. Pero, no obstante y todavía, la superioridad del catolicismo era abrumadora en todos los órdenes sobre la Reforma, y los Embajadores extranjeros, testigos imparciales, dícenlo terminantemente así. Juan Correro, en su *Relación* de 1569, apunta la fórmula que habría bastado, a su juicio, y en los comienzos del calvinismo en Francia, para extirparlo de raíz: «Bastaba —dice— haber cortado cinco o seis cabezas de los principales adeptos de él, y no más». La fórmula puede juzgarse harto simplista y violenta, pero él la explica satisfactoriamente también: «de este modo —añade— se habría roto su organización, intimidado a la nobleza y acobardado al pueblo. Sujetos los nobles y recobrados por el Rey su poder e independencia, la masa del pueblo, falta de jefes, hubiera vuelto a la Misa como un rebaño a quien empuja su pastor». Era, prácticamente, lo mismo que Felipe II había hecho en España con los Autos de fe de Valladolid y de Sevilla: en ellos los principales penitenciados pertenecían a familias linajudas, como D. Carlos de Sesso y D. Juan Ponce de León, o eran predicadores famosos, como los Doctores Cazalla y Constantino. El más eminente y respetado de los Obispos franceses, el Cardenal de Tournon, fué siempre partidario de la represión herética severa e inexorable, y más de una vez levantó su voz solemne contra Catalina por su política blanda y conciliadora. Todos los señores católicos, Montmorency, Guisa, el Mariscal de Saint-André, propugnaron unánimes el rigor como única táctica eficaz contra la herejía; conocedores de la verdadera situación interior de Francia, conscientes de la mayoría

abrumadora de los católicos sobre los protestantes, no se explicaban en buena lógica cómo un corto número de disidentes podía traer al reino en constante alarma y alteración. La superioridad en número y calidad del partido católico es argumento que sale a cada paso en las controversias y escritos de aquel tiempo. Miguel de Castelnau dícelo categóricamente en sus *Memorias*. Casi todos los Parlamentos regionales, las Universidades, y entre ellas la Sorbona, París, la capital del reino, católicos todos fervientes y convencidos, eran base más que suficiente para haber emprendido una acción enérgica y decisiva contra la Reforma, elementos, empero, que Catalina desaprovechó muchas veces, hasta engendrar la guerra civil. Porque cuando la herejía tomó vuelos, fuerzas y acometividad temible, provocándola con sus audacias, fué después del desdichado Coloquio de Poissy, que, contra los consejos de Felipe II, del Papa y de todo el partido católico francés, se obstinó Catalina en congregar. Los males que su celebración trajo consigo fueron inmensos, y la primera guerra civil consecuencia indeclinable suya. Fué a modo de una gran hoguera que una mano imprudente enciende, y que intenta apagar después, inútilmente ya, con los Edictos de tolerancia que a tal intento año tras año se publican, y que no harán sino avivarla más.

Tal estado de cosas y el peligro cierto que entrañaba para los Estados españoles acrecían lógicamente la preocupación constante de la Corte de Madrid, y justifican ante la Historia aquella franca amenaza que D.ª Isabel hace a su madre en su magnífica carta de septiembre de 1561, advirtiéndola que si ella —Catalina— no se resolvía de una vez a dar la batalla a los herejes de su reino, que no se llamara a engaño después si su esposo, D. Felipe, requerido por los católicos franceses, se decidía a prestarles todos los auxilios precisos para que ellos lo hicieran por su cuenta.

Dadas las costumbres políticas de aquellos tiempos, tal amenaza, semejante anuncio era lógico y forzoso; porque si Catalina no quería o no acertaba a atajar el incendio en su misma casa, ¿qué podía tener de extraño que el vecino ayudase a quien se prestara a hacerlo, precaviendo de este modo el que se corriera a la propia? El argumento no tenía réplica.

Mas ¿era sincero D. Felipe al proferirla? ¿Abrigaba entonces un propósito falaz de intervención directa en las cosas de Francia? Desde los tiempos lejanos de La Popelinière y De Thou hasta los actuales de La Ferrière, Combes, Forneron, Du Prat, Mariejol, Hauser, Heritier, Dodu, Champion y tantos más, muchos historiadores galos han lanzado sobre Felipe II la formal y grave acusación de que toda su política con Francia tiró a mantener y avivar, pérfida y astutamente, sus propias luchas y divisiones intestinas, para debilitarla por ende y sujetarla después a merced suya.

Pero la verdad histórica es en un todo contraria a aquella calumniosa imputación: porque en réplica a ella y sin que dicte nuestra pluma ninguna musa patriotera, y sí tan sólo la justa defensa del buen nombre de España, cabe afirmar con rotundidad y probarse cumplidamente que jamás Felipe II abrigó tales arteros y maquiavélicos propósitos, ni pasaron por su mente otras segundas intenciones que las de procurar —eso sí, con el mayor ardor y vehemencia— el triunfo y total señorío de la religión católica en Francia, para logro de su unidad espiritual, y en defensa lógica y precautoria, además, de sus propios Estados. Pero que nunca, nunca atizó las discordias civiles francesas para aprovecharse torpemente de ellas ni de la extrema debilitación del gran cuerpo nacional francés, efecto indeclinable de sus antagonismos y divisiones fratricidas, para expansiones territoriales en beneficio y provecho torticero suyo, ahí están a

la mano esos y otros muchos documentos que reflejan exactamente su conducta política para con Francia durante muchos años.

Y con todo eso, fuerza es confesar que nunca se le habían presentado a Príncipe alguno ocasiones tan propicias y favorables para tan sabroso fin como al por entonces fundador del Escorial, símbolo granítico de su grandeza. En la plenitud de su poderío político y militar en Europa; alentado por el Papa y otros soberanos semi-feudatarios suyos; con la cooperación, no ya voluntaria, sino muchas veces solicitada y ofrecida de la mayoría de los grandes señores católicos en Francia; tan vacilante entonces el concepto de patria, que permite sin mengua del honor pasarse del servicio de su rey natural al de otro extranjero; con el brío y la pasión que la fe religiosa comunicaba entonces a todas las empresas convocadas bajo su bandera, a Felipe II le hubiera sido hacedero por demás, y bajo el pretexto de su propia defensa, tan admitido entonces, haber declarado la guerra a Francia, una Francia dividida, desolada, rota su unidad nacional, débiles sus fuerzas, presa de odios intestinos, ansiosa de ansiadas venganzas, víctima, en fin, de las más terribles pasiones, que la desgarraban y convertían en cómoda y apetitosa presa para el enemigo secular.

A pesar de tantas oportunidades y alicientes, Felipe II no lo hizo, limitándose tan sólo a prestar su auxilio bélico, franco, legítimo y noble, cuando Francia se lo pidió, y a intentar, con paciencia y calma verdaderamente ejemplares, inconcebibles en otro Príncipe que no hubiera sido él, atraerse a Catalina por la vía de la persuasión y del razonamiento, convencerla de que, en propio interés suyo y para la defensa del trono de su hijo, la represión y extirpación de la herejía en Francia era la única política segura y acertada.

Todo este desprendimiento, único, insólito en aquellos tiem-

pos, de tan crudo y desgarrado realismo en las relaciones externas de todos los países, esta admirable probidad y limpieza políticas de D. Felipe eran hijas legítimas de su carácter personal, de su concepto del deber y de su propia conciencia moral, tan desconocida por la inmensa mayoría de los historiadores, pero tan real y patente para cuantos, desprovistos de prejuicios pasionales, se acercan a él, ya que al hilo de los sucesos históricos de estos tiempos cabe reconstruir sus estados de alma, sus movimientos y reacciones psíquicas ante aquellos problemas políticos con bastante y ejemplar exactitud. Por mucho que se quiera pintar el alma de Felipe II como un laberíntico complejo de encontrados y maquiavélicos afectos, la verdad es que para el observador imparcial, para el psicólogo objetivo discurre en la mayoría de sus aptos calma, igual, constante, siempre serena. Podrá, sin duda, equivocarse, y con efecto erró muchas, muchas veces y gravemente; pero también puede asegurarse que nunca lo hizo con deliberación culposa y a sabiendas, porque para él no había más que un imperativo moral, el del deber, y una sola ley ordenadora de su vida, los puros dictados de su conciencia, que raras veces engaña cuando la asiste aquella pureza de intención que es norma de acierto casi seguro en todo gobernante. Mirándole a este viso, se explican cumplidamente muchos actos suyos, toda una política constante de largos años, y desde luego esta suya con Francia, que de otro modo parecían ilógicos y extraños.

¿Correspondió Francia como debiera a este noble proceder del Rey Prudente? Por muy duro que sea el decirlo, hay que contestar resueltamente que no. Sálese de este estudio la rebelión de los Países Bajos contra España, que desde 1567 hasta la muerte de aquél consumirá los caudales españoles en cantidades fabulosas con la sangre de nuestros mejores tercios; mas el futuro historiador que aborde este capítulo de nuestra historia

hallará sin esfuerzo copiosos materiales probatorios de la mala fe de Catalina, de Carlos IX y Enrique III, celosos de la grandeza de España, puesta su mira principal en rebajarla. Las expediciones a la Florida, los auxilios prestados a los rebeldes flamencos y portugueses, la aventura de las Azores, sus relaciones descaradas con el Turco, debelador secular de la Cristiandad, sus intrigas en Italia, con otros muchos hechos más, son prueba concluyente del apartamiento por Francia de las dos bases de la política continental que España mantuvo en aquel siglo en defensa de la civilización europea: la Contrarreforma por un lado, para devolver a Europa, con la unidad espiritual, su paz política; y la guerra contra el Gran Turco, peligro inmenso y amenaza constante para ella. En una y otra, Francia nos abandonó por mano de Catalina a nuestras propias fuerzas, dejando que todo el peso de la ingente empresa cargase solamente sobre España, hasta el punto de que, por no perder su alianza tradicional con el Turco, fué Francia la única potencia católica mediterránea que no participó en la Santa Liga, providente y memorable salvadora del mundo cristiano en las enrojecidas aguas de Lepanto.

Los frutos políticos de esta famosa Conferencia de Bayona, tan ansiada por Catalina de Médicis durante varios años, aureolada por las más brillantes fiestas y regocijos, temida justamente de los herejes rebeldes, esperanza de los católicos sinceros y expectación de Europa toda fueron a la postre y en consecuencia poco menos que nulos. El corazón de una madre y los tiernos afectos de una familia regia hallaron, sí, en ella satisfacción cumplida a sus anhelos: no así los problemas políticos que la habían motivado, las necesidades apremiantes del mundo cristiano que quedaron en pie y sin resolver.

De un modo expreso y categórico habíase comprometido formalmente Catalina en Bayona a aceptar los Decretos de Trento, renunciando al Concilio nacional, y a una represión severa y

eficaz de la herejía en Francia. Lo primero era más fácil de hacer, y en una u otra forma se hizo; pero no así la ordenación de la cuestión religiosa, que pedía una gran firmeza ideológica y una continuidad política, precisamente las dos cualidades de que carecía la Reina francesa. Todo su temperamento italiano, inteligente como su raza, pero sin brío ni constancia, habrá de proyectarse en los meses y años que siguen a la entrevista de Bayona. En los primeros momentos Catalina muéstrase dispuesta a cumplir los compromisos adquiridos en ella, y así, se revocan los edictos de Amboise y otros favorables a la causa calvinista, adoptando el llamado *Plan de Tours;* pero pasan los días y poco a poco la influencia de Bayona se debilita; el malogro de sus intentos casamenteros, perpetuo *Deus est machina* de su política, los sucesos de la Florida de que más adelante nos ocuparemos, los conflictos interiores con los hugonotes y otras causas concurrentes, la alejan cada vez más del espíritu de la Conferencia, que a la postre se pierde en lontananza, para reaparecer rápida y fugazmente en sus momentos críticos. Además, para Catalina el desarrollo de los planes convenidos con D.ª Isabel y el Duque de Alba junto a las riberas del Adour valía tanto como quedar subordinada a España, entrar en su zona de influencia, cosa que ella repugnó y repugnaría siempre, y en la que desde su punto de vista nacional tenía razón. Su naturaleza recelosa no la permitió nunca creer en la sinceridad y desinterés de las intenciones de su yerno, porque era incapaz de comprender la política europea de éste. Catalina vive al día: no ve nada más que lo menudo y circunstancial: el pensamiento capital del Rey Católico, aquella Contrarreforma de la que él es cabeza y voluntad indomable ni la siente ni tiene cabida en su alma. ¿Qué extraño es, por tanto, que falte a sus compromisos de Bayona que eran una pieza maestra de los grandiosos planes de D. Felipe, y que a pesar de que éste constante y porfiadamente se los recuerde por

boca de D. Francés de Alava, implacable torcedor de la voluble soberana, a la postre no quede nada de ellos, con lastimoso derrumbamiento de todas las esperanzas que en la Corte española pudieron concebirse de la fastuosa Conferencia?

A la postre, no fué ciertamente Felipe II quien hubo de perder más. Porque en el fracaso de la Conferencia se engendraron las nuevas y sangrientas guerras civiles que asolarían a Francia durante el curso de más de treinta años, la constitución de la futura Liga católica y el triunfo de la Reforma en Europa, aunque, por fortuna y gracias al tesón de Felipe II, Enrique IV tuviera que abjurar del protestantismo y se salvara Francia para la religión católica. Quieran reconocerlo o no los católicos franceses, como los belgas también, a él deben principalmente el serlo todavía. Convencido Felipe II por anticipado de la ineficacia de la Conferencia habíase resistido muchas veces a provocarla; su misma abstención personal de ella daba a entender, como digo, la escasa fe que tenía en los resultados de su celebración. Con todo eso, hizo mal en no concurrir a ella, proyectando sobre Catalina de Médicis toda la autoridad y prestigio de su propia persona, tan temida y respetada en Europa, todo el peso de la autoridad real, aunque es casi seguro que a la postre hubiera sido inútil también. Los caracteres humanos son casi siempre muy poco sensibles a los consejos ajenos, y uno de los mayores milagros que cabe hacer en este mundo es lograr la mudanza espiritual de un hombre, la conversión de un alma, reduciendo su entendimiento y su voluntad. Por algo un moralista español de aquel siglo, el Padre Juan de Torres, dijo agudamente que de todos los animales creados por Dios el menos gobernable era el hombre. ¡Qué hubiera añadido el docto jesuíta si al escribir esta semblanza llega a referirse a la mujer y a una mujer como Catalina de Médicis! En fin de cuentas, y para acabar esta conferencia, puestas hoy frente a frente ante la posteridad las dos an-

tagónicas políticas en orden a la represión de la herejía, la severa e implacable de Felipe II, y la blanda y conciliadora de Catalina de Médicis, preguntémonos ahora: ¿adónde estaba el acierto y cuál de las dos era la mejor? Si las acciones humanas hay que calificarlas y sentenciarlas por sus frutos, la respuesta a la anterior interrogante no es dudosa. Hágase el cotejo de las cosechadas por cada una de aquéllas, y el balance que resulte nos dará la respuesta de modo irrefragable. Porque entre los 53 luteranos relajados al brazo secular en los Autos de fe de Valladolid y Sevilla en 1559, junto a unos pocos más que la Inquisición española, condenó a pena capital en los cuarenta años últimos del siglo XVI, y los millares y millares de víctimas, muchas de ellas inermes e inocentes, que causaron las guerras civiles francesas durante el último período, la elección no es dudosa. Aquella Catalina de Médicis, que se resistió siempre a poner en obra el consejo que muchos le daban y recogió en su *Relación al Senado*, ya citada, el Embajador Juan Correro, de que para la pacificación espiritual y política de su reino hubiera bastado cortar a tiempo cinco o seis cabezas en total, que era en síntesis también el que España le dió y Felipe II puso en obra por su parte, ahorrando con ello infinidad de vidas y vidas inocentes, tuvo a la postre que entregarse en un acceso de pavor o por un peligro cierto y real, a la espantosa matanza de la Noche de San Batolomé. Ese ha sido siempre en la Historia el castigo de los gobiernos débiles y claudicantes, de aquellos que conceden los mismos títulos a la verdad y al error, y dan igual y cobarde trato al bien y al mal, sin percatarse de que algún día el bien y la verdad vuelven por sus fueros y reclaman sus derechos, pero tarde ya, confundiendo entonces sangrientamente la razón con la venganza y la justicia con la crueldad...